

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: El Sermón del Monte (parte 7) -
(Mateo 6:22-7:6)
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Mateo 6:22,23

Sin solución intermedia

Estudiando el Sermón del Monte, ya hemos notado que Jesús examina la vida de los discípulos en el mundo.* Al confrontar los tesoros terrenales y celestiales, Jesús invita a sus oyentes a tomar una decisión clara (Mt. 6:19-21). Con un segundo ejemplo, les pone de nuevo la opción: o vuestro ojo se expone a la luz, siendo claro e inequívoco - o se oscurece, siendo maligno. Una actitud excluye a la otra.

“Cristo ilumina nuestra vida con su luz cuando le miramos fijamente. Pero si estamos constantemente en la búsqueda de los valores materiales, las tinieblas permanecen en nosotros” (Oswald Sanders). En última instancia, el corazón humano decide adónde mira el ojo: “Y sobre todo guarda tu corazón, porque tu corazón influye en toda tu vida” (Pr. 4:23, trad. libre).

¿Cómo está nuestro ojo? El escritor de la carta a los Hebreos, inspirándose en una imagen del deporte, nos anima: “Perseveremos hasta el fin en la carrera a la que estamos destinados, fijando los ojos en Jesús, de quien depende nuestra fe desde el principio hasta el fin” (He. 12:1b,2a, trad. libre).

Pero ¿cómo podemos mantener “los ojos fijos en Jesús”?

- A veces es necesario apartarse conscientemente de lo que quiere ocupar demasiado nuestro tiempo y nuestra atención. Incluso las cosas bellas pueden cautivarnos de tal manera que Jesús se pierde de nuestra vista.

- A veces es necesario mirar hacia arriba, levantar conscientemente los ojos lejos del sufrimiento terrenal hacia el consuelo celestial. Después de los impresionantes acontecimientos en el monte de la transfiguración, leemos de los discípulos: “Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo” (Mt. 17:8).

Volvamos hoy a tomar la decisión: Jesús, te miramos.

*Véase parte 6, días 12 y 13



Día 2

Mateo 6:24

El corazón indivisible

“Ninguno puede servir a dos señores”. Esta frase memorable se ha convertido en un proverbio. Se trata de la cuestión de quién o qué determina nuestra vida: ¿Dios o las riquezas?

Donde traducimos “las riquezas”, Jesús usa el término arameo “el mamón” que tiene un sonido despectivo para posesión, fortuna o riqueza. Se habla de la riqueza desdeñable que acumula solo valores puramente materiales, sobre todo el dinero. Para Jesús, el dinero no es sólo materia inanimada, sino un poder que quiere dominar al hombre. “El dios mamón es tan poderoso e influyente que puede competir con la dedicación del hombre al Dios viviente” (W. Bauder). Jesús lo aclara al usar el término “señor” para ambos. En efecto, la posesión puede darse tono como señor, aunque todos sepan que es efímera (comp. Pr. 11:28a; Lc. 12:16-21; 1.Ti. 6:17).

“El mamón no sólo nos ocupa de vez en cuando en las horas libres que nos quedan del servicio de Dios, sino que despierta en nosotros un deseo que aumenta continuamente, que desplaza todo lo demás y somete toda nuestra energía. Quien no quiere servirle del todo, no debe servirle de ninguna manera. Una doble servidumbre no la podemos soportar” (Adolf Schlatter).

Por tercera vez, Jesús brinda a sus oyentes la opción. Sólo *uno* puede ser dueño de nuestras vidas. Ya en el primer mandamiento, Dios lo había puesto como muy importante para su pueblo: “Yo soy Jehová tu Dios ... No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éx. 20:2a,3). El pueblo de Israel tomó entonces una decisión clara: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (Éx. 24:7b).

Desafortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que olvidaran su promesa (Éx. 32:1). “En ti, Señor mío, confío; estar cerca de ti es mi felicidad” (Sal. 73:28a).



Día 3

Mateo 6:25-34

Los competidores de nuestra dedicación a Dios

En el primer instante, Jesús advirtió a *los propietarios* entre sus oyentes que no eleven sus posesiones al rango de un dios mamón. La relación de amor entre el Padre celestial y un hombre no tolera dioses secundarios. El Santo Dios se opone a toda división: “Y amarás al Señor tu Dios de *todo* tu corazón, y de *toda* tu alma, y con *todas* tus fuerzas” (Dt. 6:5).

A continuación, Jesús llama la atención sobre otro competidor: el afán (RV) o la preocupación (NVI). Probablemente con ésto se refiere más a *los necesitados*. Jesús se ocupa extensamente del afanarse en los versículos indicados (vs. 25,27,28,31y34) y finalmente juzga: Afanarse preocupadamente por las necesidades es una actitud pagana (v.32a).

¿Qué quiere decir Jesús cuando considera la preocupación como una especie de ídolo? En primer lugar, señala algunos asuntos que siguen siendo motivo de gran preocupación: la alimentación, la bebida y la ropa. Estas cosas necesarias de la vida deben ser atendidas por una persona responsable. Pero: ¡preocuparse de ellos es en vano! (comp. Lc. 10:41,42; 21:34-36).

La vida es un don de la mano de Dios. Por lo tanto, *sólo Dios* puede sostenerla a través de su cuidado. No basta con comer, beber y vestirse. “¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mt. 6:25b)

Con una pregunta fundamental, Jesús lleva a sus oyentes al plano de la realidad: “¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida?” (v.27, NVI). No tenemos absolutamente nada en un puño. De un momento al otro, Dios puede quitarnos todas nuestras perspectivas, ya sea a través de un virus, un diagnóstico de cáncer, un infarto de miocardio ... Como David podemos orar: “Estoy indefenso y dependo totalmente de ti. Señor, cuídame, porque tú eres mi ayudador y mi libertador” (Sal. 40:17, trad. libre).



Día 4

Mateo 6:25-32

Nuestro afán es un caso para Dios

En su discurso sobre el tema del “afán” (RV) o de la “preocupación” (NVI), Jesús aclara: “preocuparse” no es sólo una debilidad o una peculiaridad de las personas particularmente temerosas. Es el resultado de una vida que no cuenta con Dios en la vida cotidiana. Jesús se opone a la ansiedad, presentando al Padre celestial cuidadoso: “Pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas” (v.32b). A Él le debe la vida el hombre.

El Creador de la vida quiere cuidar también de la vida dentro de los límites que ha puesto: “Él tiene cuidado de vosotros” (1.P. 5:7b; comp. Sal. 55:22). Quien quiera cuidarse por sí mismo, se atribuye algo de lo que, en última instancia, sólo el Creador es capaz. Preocuparse significa prácticamente hacerse Dios. ¿A veces pensamos que podemos dominar las cosas o que tenemos que apoyar a Dios?

Jesús llama también a los preocupados “hombres de poca fe” (Mt. 6:30b). Es una exhortación con la que Jesús, al mismo tiempo, pide cada vez *más confianza* a sus discípulos (comp. Mt. 14:31; 16:8; 17:20; Mr. 4:39,40). Para mostrar concretamente a sus seguidores el cuidado divino, Jesús escoge dos ejemplos de la creación, uno de la fauna y otro de la flora. Con ellos, Jesús anima a sus oyentes a deducir del pequeño al grande: si Dios cuida a las cantarinitas bajo el cielo y también a las flores silvestres de corta vida, se encarga mucho más de sus hombres. “¿No valéis vosotros mucho más que ellos?” (Mt. 6:26b).

Pablo anima a los cristianos de Filipos con una exhortación que vale también para nosotros hoy: “No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión ... presenten sus peticiones a Dios y denle gracias” (Fil. 4:6, NVI).



Día 5

Mateo 6:25-32; Eclesiastés 3:22

Trabajo y preocupación

Sigamos con el ejemplo de las aves y los lirios del campo. No almacenan ni trabajan. ¿Es esta forma de vida realmente transferible a los seres humanos? ¿Quiere Jesús pedir a sus discípulos que no hagan nada? ¿Quiere que sean pasivos? No es así. Las operaciones mencionadas (sembrar, cosechar, recoger en graneros, trabajar, hilar) son claramente actividades humanas.

La Biblia no deja ninguna duda de que el trabajo forma parte de la misión, el contenido y el sentido de la vida humana. “Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara” (Gn. 2:15, NVI). Ser comisionado por Dios para trabajar es parte de la dignidad del hombre.

Sin embargo, en consecuencia del pecado original, el trabajo puede convertirse en carga y preocupación. Hasta el día de hoy, el hombre tiene que labrar la tierra maldita; el dolor y el sudor son las circunstancias que acompañan su trabajo, lejos del árbol de la vida (Gn. 3:17b-19).

Moisés considera el carácter efímero de nuestra vida e incluso de nuestro trabajo (Sal. 90:10). Pero también muestra en su Salmo la salida de este dilema: “¡Compadécete ya de tus siervos! ... ¡Sean manifiestas tus obras a tus siervos, y tu resplandor a sus descendientes! Que el favor del Señor nuestro Dios esté sobre nosotros. Confirma en nosotros la obra de nuestras manos; sí, confirma la obra de nuestras manos” (Sal. 90:13b,16,17, NVI).

Vivimos de la misericordia de Dios. Si Él “confirma” nuestro trabajo, éste no está exento de estrés ni de sufrimiento, pero es bendecido (comp. Dt. 2:7; 16:15; 1.Co. 15:58). Nuestro esfuerzo tiene una base sólida, porque Dios cuida de nosotros.



Día 6

Mateo 6:33

Responsabilidades

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33). Jesús señala un cambio en las responsabilidades: el Padre celestial quiere cuidar de la vida de sus hombres. Así Él se hace cargo de lo que nos exige demasiado en este mundo pasajero y a menudo tan miserable. Pero si nos encomendamos al cuidado divino, tenemos el corazón y las manos libres para la única carga que Dios nos manda llevar: trabajar por su *reino*. Este afán debe ser una prioridad absoluta. Primero, por encima de todo, que nos ocupemos del *reino* de Dios. Esto no se realiza por un interés solo ocasional en Dios y Su Palabra. El *reino* de Dios y sus propósitos quieren ocuparnos los domingos igual que los días laborales como motivo básico.

¿Qué implica trabajar para el *reino* de Dios y su justicia concretamente para nosotros? Es el ministerio de la reconciliación. Pablo aclara esto en 2.Corintios 5:18-21.

1. Dejad que Jesús os reconcilie con Dios. “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios” (v. 21, NVI). Quien acepta esto por fe, es justo a los ojos de Dios y, por tanto, ciudadano del *reino* de Dios.

2. Las personas reconciliadas con Dios, justificadas por la fe en Jesús, llevan a este mundo la invitación a la reconciliación con Dios. Viven en adelante como embajadores del *reino* de Dios y tienen para sus semejantes el deseo primordial: “¡Reconciliaos con Dios!” (v.20b). ¿Qué afán mío debería yo dejar, a favor de este deseo de Dios?



Día 7

Mateo 6:34

El afán por el mañana

Jesús habla aquí del día siguiente como de un poder a que no debemos permitir que aumente nuestra carga de hoy: “No se angustien por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes” (NVI). Hoy ya no somos responsables de lo que nos toque mañana y no debemos afanarnos con sus tareas con anticipación, porque el mañana pertenece a Dios. Quien quiera hacerse cargo de la preocupación por el mañana corre el riesgo de disputar a Dios su misión (comp. Sal. 46:4,5,7).

Sin embargo, podemos tener miedo del mañana. Preocupados, nos preguntamos: “¿Qué será mañana?” Podemos suponer que el día de mañana nos presente un “mal” (Mt. 6:34 RV) o “problemas” (NVI). Sólo hay una respuesta consoladora: mañana *Dios* estará presente. Es el Dios que por la fe en su Hijo Jesucristo podemos llamar “Abba, Padre” (Ro. 8:15b). Es el Dios que es el mismo hoy, mañana y por los siglos. Esto es suficiente para nosotros. Lea Hebreos 13:8; Salmo 68:19.

“La llamada a la despreocupación no es simplemente una técnica de vida mejor equilibrada, que sea menos estresada, sino recuerda la protección de Dios. Su corazón late en fidelidad y amor por nosotros, sus ojos nos vigilan y sus manos están dispuestas a cogernos si caemos” (W. Bauder). Dios no quiere sobrecargar a su pueblo. Dice que es suficiente que lleven la carga de hoy. Por lo tanto, no tenemos que duplicar la carga de hoy con la preocupación por el mañana.

El pastor Ernst Modersohn (1870-1948) ofreció una frase que podría servirnos como lema de nuestra vida: “Dios conoce tu ayer. Dale tu hoy. Él cuida tu mañana”.



Día 8

Mateo 7:1,2

Sólo uno es juez

El evangelista Mateo, en su séptimo capítulo, pone en fila mensajes con diferentes contenidos, como perlas en la cuerda. Siempre tienen el mismo foco: el juicio de Dios. Jesús, el Predicador del Monte, se encuentra ahora con sus oyentes como el Juez. Con esta agudeza, Jesús subraya la profunda seriedad de su predicación.

Al principio está el tema “juzgar”: “No juzguéis, para que no seáis juzgados; porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados”. Conocemos la palabra “juzgar” sobre todo como un término jurídico. Incluye la apreciación de un hecho a la luz de la legislación existente, sobre la base de la cual se dicta una sentencia definitiva.

Jesús prohíbe juzgar entre nosotros: “¡No juzguéis!” El apóstol Pablo subraya esto para las jóvenes comunidades cristianas: “Así que cada uno de nosotros tendrá que dar cuentas de sí a Dios. Por tanto, dejemos de juzgarnos unos a otros. Más bien, propónganse no poner tropiezos ni obstáculos al hermano” (Ro. 14:12,13, NVI).

El hombre se ha sublevado como juez. La tentación fue: “Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gn. 3:5b). Ya no sería Dios quien debe determinar lo que es bueno o malo. Eso es lo que el hombre quería juzgar por sí mismo. Pero con el papel de juez, el hombre se excede, porque anda en la misma fila con todos los que condena. *Él mismo* siempre es el primero en responder ante el juez. Esto no solo le ocupa por completo, sino le exige por completo. Porque nadie puede satisfacer la norma que Dios ha establecido para el bien y el mal. Necesitamos el perdón de Jesús (lea Ro. 3:23,24; Hch. 10:42,43). Esta comprensión nos guarda, para que no condenemos soberbiamente a los demás.



Día 9

Mateo 7:1,2; 6:14,15

Nosotros sentamos las bases

Tal vez nos sorprende que Jesús aplique aquí un principio de desquite del Antiguo Testamento: “Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido”. Esto suena al lema: “Ojo por ojo, diente por diente” (Éx. 21:24a). Una gran seriedad se pone de manifiesto: ¡Tú, hombre, sientas las bases! Tú das el patrón por el cual el Juez divino te juzgará. Si condenas severamente e implacablemente a tu prójimo, Dios lo hará contigo. “¿Por qué se habla aquí en patrones del Antiguo Testamento? Porque, por juzgar sin permiso a tu prójimo, te pones fuera de la gracia. Y fuera de la gracia se aplica la regla del desquite más precisa y justa” (Gerhard Maier).

Hemos entendido bien a Jesús, si escuchamos que debemos meternos los unos a los otros en la gracia, como Él lo hace con nosotros. “Meter al otro en la gracia” también puede significar que le quitamos el “rótulo” mental que le habíamos atribuido. Esto podría ser el comienzo para curar nuestra relación rota con él.

Tratarnos indulgentemente no significa permitir todo lo malo, todas las negligencias y todas las culpas. Tenemos que evaluar y distinguir claramente si la situación, el comportamiento o la regla está bien o mal según los mandamientos de Dios, y si lo podemos apreciar o no (comp. 1.Co 2:14,15; 10:15; 2.Co 7:1). Una comunidad sana no ignora indiferentemente ni al que actúa mal ni al que sufre por él.

Pero no nos pertenece juzgar en sentido de condenar a otro (comp. 2.Co 7:2,3; Stg. 4:12). Debemos indagar nuestro juicio espontáneo sobre otro. ¿Sabemos qué influencias hereditarias y ambientales le han llevado a lo que condenamos? Mirémonos los unos a los otros con ojos de amor y misericordia. (Lea 1.Jn. 2:10; 4:19-21).



Día 10

Mateo 7:3-5

El orden correcto

Jesús usa una metáfora dramática para llamar la atención a sus oyentes; quiere que se den cuenta del habito de crítica y condena profundamente arraigado en sus corazones: “¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo, y no le das importancia a la viga que está en el tuyo?” (v.3, NVI). Sí, ¿cómo es eso? Una astilla es algo menor a diferencia de una viga. La astilla es lo erróneo que vemos en el otro. La viga es el mal en nuestro propio corazón, que no queremos reconocer, pero que es más que evidente.

Vemos que es absurdo, igual como nuestro hábito de condenar a los demás. Jesús continúa lógicamente: “Hipócrita, saca *primero* la viga de tu propio ojo, y *entonces* verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano” (Mt. 7:5, NVI). Debe alarmarnos que Jesús utilice en este contexto el término “hipócrita”, con el que antes se refería a los dirigentes judíos que se justificaban por sí mismos (Mt. 6:2,5,16; comp. Mt. 23:25,26). Aquí Jesús muestra a sus discípulos que tampoco ellos son inmunes a este peligro.

Normalmente no vemos la viga en nuestros propios ojos. ¡Eso es raro, porque nuestra viga está hecha de la misma madera que la astilla del otro. (Ro. 2:1) Supongo que la viga más grande es la arrogancia. ¿Nos hemos acostumbrados a su presencia? Nos ciega a nuestro prójimo. David oró: “¿Quién está consciente de sus propios errores? ¡Perdóname aquellos de los que no estoy consciente!” (Sal. 19:12; comp. Sal. 26:2; 139:23,24; 1.Jn. 1:8,9).

Tomemos conciencia una vez más de lo que Jesús sabe que es lo más importante para cada uno de nosotros: ¡Mantén el orden correcto! *Primero* aclara tus propios errores, *después* puedes dirigirte a los demás. Este *después* nos ocupará mañana.



Día 11

Mateo 7:5

Después de eso

Leemos que *primero* el cuerpo extraño en el propio ojo debe ser removido por la mano perdonadora de Dios. Aquellos que lo permiten, como resultado, tendrán los ojos claros para *después* juzgar correctamente la astilla perturbadora en el ojo del prójimo y, si es posible, saber sacarla.

En las comunidades cristianas a menudo hemos perdido la aptitud de avisarnos mutuamente de manera adecuada acerca de nuestras omisiones, debilidades o errores. Pero es parte de nuestro discipulado para seguir juntos a Jesús: “Anímense unos a otros cada día, para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado” (He. 3:13, NVI).

Algunos prefieren dejar pasar las cosas según el lema: “Yo te dejas en paz, tú me dejas en paz, y entonces todos estaremos en paz”. Uno se queda callado, como frente a un muerto. Pero a menudo habla a espaldas *del* otro. O uno acumula calladamente todas las astillas del otro en la memoria, hasta reventar de enojo, y luego le condena por completo. Los siguientes impulsos pueden ayudar a mirarse unos a otros como pecadores perdonados y a decir lo que debe ser tratado:

- Oremos por humildad antes de una conversación (Fil. 2:3).
- Comprobemos nuestros propios motivos: ¿estoy realmente preocupado por *mi prójimo*? (1.Ts. 2:3).
- Prestemos atención a los hechos y evitemos presunciones, suposiciones e imputaciones (1.Co. 4:5).
- Examinemos si lo que criticamos como astillas, según la interpretación de las Escrituras es cuestión de libre albedrío. Pablo advierte: “No contiendan sobre opiniones” (Ro. 14:1-5,10).

Una comunidad cristiana que refleje en la comunión el amor de Dios es el testimonio más eficaz de Jesús, nuestro Señor (Jn. 13:35).



Día 12

Mateo 7:6

Lo que no congenia

Sin conexión, a los versículos discutidos sigue una exhortación en forma de doble parábola: “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos” (v.6a).

Cuando Jesús hablaba de perros, tenía presente a los perros sin dueño en la calle, desamparados y siempre hambrientos (comp. Sal. 59:6; Is. 56:11). Apareciendo en jaurías, eran una plaga. Lo único positivo que se puede decir de ellos es que quitaban una parte de la basura de las calles y limitaban la cantidad de ratas. Debido a su impureza, la palabra “perro” fue usada para referirse tanto a gentiles como a maestros falsos (p. ej. Mt. 15:26; Fil 3:2).

El cerdo, a su vez, se considera particularmente impuro para los judíos devotos hasta hoy. No deben comer su carne (comp. Dt. 14:2,3,8). En la conocida parábola del hijo pródigo, éste acabó su carrera con los cerdos, es decir, muy lejos de la casa de su padre (Lc. 15:14-16).

A estos impresionantes ejemplos de inmundicia, Jesús comparó lo más noble. “Lo santo” recuerda los sacrificios consagrados a Dios en el templo (comp. Lv. 2:3; 10:17). Las perlas naturales siempre han sido consideradas como una metáfora para un valor incomparable. En una parábola, Jesús habló de un buscador de buenas perlas que encontró y que luego cambió todas sus posesiones y bienes por esa preciosidad única (Mt. 13:45,46).

Por estas comparaciones llamativas se pone en relieve: Jesús ve a personas que no pueden ser consideradas como destinatarias de su precioso y santo evangelio. ¡Es una idea espantosa! ¿No va en contra de la voluntad declarada de Dios, de que *todos* los hombres lleguen al conocimiento de la verdad? (1.Ti. 2:4) Evidentemente, hay una marginación que los hombres mismos provocan. Con esto todavía no están juzgados definitivamente. Pidamos a Jesús, por nosotros y por los demás, que estemos dispuestos a escuchar su Palabra y a ponerla en práctica.



DÍA 13

Mateo 7:6; 1. Corintios 3:14,15

Resistencias

¿Usted notó que Jesús consideraba las perlas como propiedad de los discípulos (*vuestras* perlas)? Se refirió a lo que enriquecía sin igual a sus discípulos y que a nosotros, sus seguidores, hoy también nos pertenece: la buena nueva de Jesucristo. El Pastor Erich Schnepel escribió: “Cuando hablamos de Jesús, nunca podemos exagerar. Él es siempre más grande que todo lo que decimos de Él. Él es el don completo de Dios, que incluye absolutamente todo lo que un hombre necesita para vivir y morir.”

Pero no todos los que reciben este mensaje lo aprecian – ni su santidad ni su valor. Algunos exponen su alienación de Dios de manera cínica. “Con palabras mordaces, el cínico se da la apariencia de superioridad mientras desprecia nuestros sentimientos y se burla de todo lo que para nosotros es valioso” (según W. Bauder). Su agresividad a veces se percibe como la de un perro mordedor.

Para nosotros es difícil de soportar que haya resistencias insuperables al evangelio, y que para algunas personas ninguna invitación atractiva no les conmueva. Pero así como los perros no entienden lo sagrado y los cerdos no entienden las perlas, así también hay casos donde la comprensión del evangelio no es posible. Debemos contar con esta posibilidad. Jesús lo indicó luego, cuando daba instrucciones para las visitas domiciliarias a sus discípulos (Mt. 10:11-13; comp. Lc. 9:4,5).

A veces se necesita discreción. Aunque el mensaje de salvación de Dios se aplica plenamente a todos los seres humanos, no se debe tratar como si lo quisiéramos vender a precio tirado. La gracia de Dios no es algo barato.

A pesar de las decepcionantes resistencias “mordaces”, hay un camino que Dios mantiene abierto a los corazones duros: nuestra intercesión. Mientras viva una persona, podemos esperar por ella. Incluso personas totalmente alienadas de Dios, ante la muerte, se han abierto a Cristo y a su perdón (comp. Lc. 23:39-43).



Día 14

Mateo 7:6; Eclesiastés 3:7b

Hablar y callar en el momento oportuno

Lo más precioso que tenemos es el mensaje de Jesús, el Hijo de Dios crucificado y resucitado. Hoy nos preguntamos *por qué* Jesús advierte con insistencia que no imponamos a los demás lo más precioso. Jesús muestra dos causas en la segunda parte del versículo mencionado.

1. *Jesús defiende la gloria de Dios*: “no sea que las pisoteen” (a las perlas). Los cerdos quieren comida para cerdos. No tienen sentido de otra cosa. Así, hay personas para las que Dios no existe, que viven solo para este mundo. En su discurso del fin del siglo, Jesús describe su modo de vivir con palabras que corresponden a los tiempos de Noé: comer, beber, casarse, ignorando a Dios (Mt. 24:38,39; comp. Gn. 6:5,6). Pero la gloria de Dios no debe ser arrastrada por el fango (comp. Is. 42:8).

2. *Jesús protege a sus discípulos*: “no sea que ... se vuelvan y os despedacen”. La indignación por la donación indeseada y despreciada puede desembocar repentinamente en una ira hacia el donante. Jesús no quiere que su gente provoque este peligro en el lugar y en el tiempo inoportunos.

En su camino de pasión, Jesús tuvo que realizar dolorosamente lo que aquí recomienda con énfasis a sus seguidores: Él callaba ante el sumo sacerdote (Mr. 14:61a); callaba ante el rey Herodes (Lc. 23:9); callaba ante Poncio Pilato (Mr. 15:5). Su motivo: “Si os lo dijere, no creeréis; y también si os preguntare, no me responderéis” (Lc. 22:67b,68). Jesús no respondió porque sabía que todas sus palabras hubieran sido en vano.

En el tiempo de su ministerio público, Jesús podía encontrar a muchas personas que, con el corazón abierto, buscaban una vida con Dios. Hoy debemos ver a tales personas y compartir con ellos el pan de vida (Mt. 9:37,38; Jn. 17:18-20; Ro. 10:14,15).


